

De la poesía moderna en México

LA CASA (Poema)

Por JAIME TORRES BODET

UN nuevo libro de versos y—sobre todo—de versos de hogar, es capaz de suscitar sospechas en el lector mejor dispuesto y más ávido de poesía. En nuestra América la producción poética es por modo extremo generosa; pero rara vez logra esta producción satisfacer las expectativas generales.

Decimos esto para confesar el franco recelo con que abrimos el último libro de poesías del cultísimo y laborioso poeta mexicano, señor Jaime Torres Bodet. Amamos tanto la poesía y desconfiamos tanto de que los poetas actuales logren hacer labor valedera tratando viejos temas, con modos de sentir siete veces arcaicos, que el entusiasmo que provoca en nosotros el anuncio de una nueva obra poética, es un entusiasmo parcial y tibio.

Encanta la sencillez del libro. Desde el principio al fin, se va en una penumbra sonreída, de íntimo tono menor. El poeta con un hondo sentido de lo que se logra con ese firme y claro sentimiento de la vida, la sencillez, emplea como técnica total del poema, la que naciera del seno, ya débil, de las letras francesas, con la aparición de Jules Renard y del pródigo Francis Jammes.

Mas, en la poesía de Torres Bodet, si hay algo de reminiscencia, hay también mucho de visión propia: un sentido personal de las cosas que enaltece, como ningún otro atributo poético, su estilo claro y lleno de discretos matices. Son de él, indiscutiblemente, ese impulso sereno del verso, la limpieza y contorno elegante de las ideas, y ese sentido místico (que quiere ser primitivo) de la vida, en la fiera y dulce compañía de la Amada, en la casa que han levantado los dos, cantando. En fin hay en su verso esa ondulación, el secreto ritmo de la verdadera poesía.

El tema familiar, tan acogedor e íntimo, pero tan difícil de lograr, por el estrecho cerco de sentimientos que delimita, por lo explotado en toda suerte de tonos, tiene en el libro que nos ocupa, un prestigio singular y nuevo. Una suave prestancia de amable abandono, de sincera intimidad se desprende de sus páginas con la penetración de un perfume largamente guardado, y que, al abrir el arcón, el viejo armario, el mueble que engrisa una letal capa de olvido, nos inunda y sorprende. Es la «casa» en la que todos hemos vivido idealmente, y en la que como elementos de ternura se mueven la Madre y la Amada. Es la

vieja y secreta ansia, existente en nosotros, los que nunca experimentamos el reposo, que sale a flor manifestándose, con toda su tranquila dulzura, en el hermoso poema, objeto de esta nota.

Agrada también, en todo el libro, ese afán discreto de depuración, sin que por esto se quite espontaneidad y ligereza al estilo. El señor Torres Bo-



JAIME TORRES BODET

det gusta del impresionismo y es en él un maestro. La proposición o estrategia de sus aspectos, es muy personal, pero nunca extravagante. Mantiene siempre con un admirable equilibrio, tanto la inspiración como la penetrante luminosidad de sus imágenes. La gracia inteligente y el vocablo linajudo se hermanan en ponderada sobriedad. La frase es sencilla, sin esa dolorosa sencillez que revela al miniaturista o al flaubertiano. La uniformidad del tono, trascendido por el espíritu familiar del canto, contribuye a dar, en gran parte, el sabor de una escondida felicidad que mana, en pulsaciones, fluidamente, del encanto solar y tibio que subyuga al poeta.

Y junto con la forma impecable, se admira la exquisita sobriedad del pensar y del sentir del escritor. Puede de-

cirse que este libro, como *Platero y Yo*, de Juan Ramón Jiménez, es un libro sin ideas. Sobrevive, empero, a su lectura, la pristina gracia de la imágen, animada por un vigoroso sentimiento de paz, de amor doméstico, de conformidad con las cosas que dentro de «la casa» reposan o se mueven.

Y ante esta obsesión «de hogar», «ardor apacible que da la dicha al hombre», el Poeta pospone todos los intereses del mundo. «En mi Huerto Cerrado—dice—habrá nacido entonces la flor de lo imposible», culmen o madurez de su vida. Desde ese momento el recóndito anhelo expresado se convierte en pasión y el canto se ilumina con esa luz íntima.

Hemos alzado el muro y hemos tendido el [techo,
hemos abierto al claro del cielo las ventanas y hemos regado flores en el umbral estrecho. En una copa brillan las primeras manzanas.

¿Lo véis? La casa entera tiembla de amor [profundo.
Si para hacerla amable la hicimos como el [mundo:
¡un vaso en que pudiera caber todo una vida!

Para no extender mucho esta nota, citaremos someramente algunos de los poemas que forman este admirable libro. Los dos primeros. *La Casa* y *La Carta*, son, sin duda, los más conmovedores. En ambos se siente la genial efervescencia de una emoción traducida en toda su intensidad con elegancia y fidelidad económica. *La Casa*, para valernos de un verso, «nos recibe con sus rosas que, desde el umbral, nos dan su bienvenida», y:

«Su lujo está en su ansia, que siempre ha de [animarla,
de hacerse a cada huésped cordial y acoge- [dora,
y si la oís que canta, pensad que está sonora del canto que cantábamos los dos al levan- [tarla».

La Carta, de una varonil ternura filial, está dirigida a la Madre del Poeta. Su lectura deja una sensación inconfundible de sinceridad, de amor puro, de fuerza equilibrada. Posiblemente en ninguno de los otros poemas la emoción llegó tan alta, ni la expresión fué más feliz.

No obstante es necesario que sientas en la [hondura
de tu vientre de madre que soy el mismo de [antes:
con un tallo más recio sostengo mi ternura y en un reloj más amplio cuento ya mis [instantes.

Mi mano, aunque acaricie, se está pronto [habituando
a oprimir como oprimen las manos victoriosas; yo soy como esos árboles, de raíces nudosas; tienen el tronco duro pero su fruto es blando.

Merecen también llamarse a citas *La Mesa*, *La Hermana*, *El Armario* en los que campea en toda su